

de trabajo no cesaba de cantar. No ajustaba nada, pero daba las notas justas, y más de una vez estuvo á pique de que le ajustaran la cuenta. Aprendió, no obstante, el oficio, y á los dieciséis años, ya era maquinista. La primera locomotora que entregaron á su manejo, en 1886, lleva hoy su nombre: "Constantino".

Pero, el ansia de ver mundo, no le dejaba tranquilo. Como buen maquinista, siempre estaba maquinando algo, y así prestó los servicios de su profesión poco después á bordo de un vapor de las Mensajerías Marítimas, que transportaba mineral de España á Glasgow y carbón de Glasgow á Burdeos. Se le acabó la paciencia y ¡se acabó el carbón! ó lo que es lo mismo, decidió venir á Buenos Aires, á probar fortuna.



Constantino cuando debutó en "La Dolores" en el Odeón.

y se dedicara á la carrera lírica. Constantino regresó, pues, á la carrera. Cuantos le oyeron aquí, reconocían sus grandes facultades. El tenor les quedaba muy reconocido, pero todo aquello eran lirismos. ¿Dónde encontrar los recursos necesarios para el estudio del divino arte? Era preciso apelar á los de ingenio. Una de las mejores maneras de concertar las voluntades, es dar un concierto. Constantino lo dió en el Club Español, y varios socios de buena voluntad iniciaron aquella misma noche una subscripción para costearle los gastos, y don Manuel Méndez de Andés, completó la cantidad ne-

cesaria, encargándose de enviarle á Europa subvencionado por un año.

Si el problema no estaba resuelto, estaba empezando á resolverse. ¡Ya podía



Con sus amigos el escritor Grandmontagne (1) y el pintor Villar (2) en 1904.



Estudiando al piano en su residencia de París.

Su espíritu aventurero encontraba aquí ancho campo para dilatarse. De esta época de lucha en que se templó su carácter, no es posible narrar los episodios. Fue montador de máquinas agrícolas, capataz de peonadas en las estancias del campo, revolucionario por puro "sport" en el año 93. "¡Me sentí gaucho y mojé!", dice él mismo sonriendo, pero fué también entonces, cuando se sintió tenor, provocando el entusiasmo de los gauchos, que allá por el Bragado, en las claras noches de luna, abrían cancha para rodearle y oír embelesados su voz, que al compás de la guitarra, entonaba milongas, estilos, tristes y vidalitas.

El que le dijo, no como á Lázaro "levántate y anda", sino "anda y canta", fué el violinista Palazuelos, aconsejándole que volviere á Buenos Aires,

volar el ruiseñor! ¡ya cantaría! Y así fué. En 1896 debutó en el teatro Solís, de Montevideo, con éxito inmenso. Y en el mes de mayo del mismo año, el doctor Udaondo, le subvencionó para cantar en La Plata. Udaondo era entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires. Hoy es candidato á la presidencia de la república. ¡Dios lo haga! Yo le doy mi voto. Constantino, su voz.

Fué el artista de triunfo en triunfo. Regresó al "viejo mundo", donde hasta las viejas se sintieron rejuvenecer al oírle. Recorrió los grandes teatros. El Imperial, de Berlín y el de San Petersburgo; el Real, de Madrid; el Covent Garden, de Londres; la Scala, de Milán. En todos hizo escalas y todos los escaló por asalto, llegando á la cúspide.



Retrato de Constantino hecho en Nueva York por el conocido artista catalán A. Casas.